



CUENTOS DE LA CORDILLERA

Textos: Floridor Pérez / Ilustraciones: Juanita Canela



CUENTOS DE LA CORDILLERA

Textos: Floridor Pérez / Ilustraciones: Juanita Canela

Contenido



06 *Montado en la realidad,
arreando fantasías*



08 *Para saber y contar*



10 *El monte y la brisca*



42 *La Cuca o la Voladora*



48 *La gallina con los pollitos*



56 *La Llorona*



18 *El Mandinga*



26 *El Tué-Tué*



34 *La Lola o la Novia*



62 *La Calchona*



70 *La Ermita de Farellones*



76 *El Guardián del Valle*



Montado en la realidad, arreando fantasías

Floridor Pérez

El arriero cordillerano: ¿personaje histórico o legendario? Personaje de nuestra historia, quién podría negarle ese título a quien se lo ganó en la hoy bicentenaria gesta de la Independencia de Chile.

En momentos decisivos de la Reconquista española pasó la cordillera entre Santiago y Mendoza, andando y desandando de punta a punta ese camino, bailando la cueca y la zamba, en Chile con la chilena y en Cuyo con la cuyana, como nos dice la tonada *Las dos puntas*:

*“Vida triste, vida alegre
esa es la vida de arriero,
penitas en el camino,
risas al fin del sendero”.*¹

Entre “aros” y brindis, también llevando y trayendo recados del Ejército Libertador que preparaba su histórico Paso de los Andes.

Y el arriero es también personaje de leyenda, porque a ella ingresa cuando, en la desolación andina, se encuentra a boca de jarro con la Lola o, al amparo de la oscuridad de la noche, la temible Viuda salta a la grupa de su cabalgadura. O cuando acurrucado en su manta sobre los pellones de la montura lo sobresalta el maléfico tué-tué de los chonchones.

Pero si el arriero regresa una y otra vez a la inhóspita montaña es porque, una vez sobrepuesto de fatigas, ni el mismo Diablo lo ha convencido de abandonar esa vida a cambio de tesoro alguno.

Así lo han entendido —más allá del folclore— los creadores, poetas y escritores de Chile, incorporándolo a la literatura nacional.

A veces son sus personajes legendarios poblando el espacio real en un poema:

*“La pata gris del Malo pisó estas pardas tierras,
hirió estos dulces surcos, movió estos curvos montes”.*²

Otras veces —como en el cuento “Lucero”, de Óscar Castro— encontramos faenas para él habituales, elevadas al rango de lo mítico:

“... Además, el Paso del Buitre tiene su leyenda. No puede ser atravesado en Viernes Santo sin que ocurran terribles desgracias”.³

A lo dicho y tanto más que se pudiera decir, el arriero cordillerano de Lo Barnechea agrega el honor de haber inscrito su nombre en la investigación científica, al descubrir la llamada Momia o Niño de El Plomo, feo nombre europeo para el cerro al que —con más de 5.400 metros de altitud— los incas llamaron poéticamente Guardián del Valle.

Sobran, pues, las razones para felicitar al Centro Lector de la Corporación Cultural de lo Barnechea, por haber emprendido esta aproximación a la cultura oral de la zona cordillerana de Lo Barnechea, proyecto que culmina con esta atractiva edición, llamada a ser un gran aporte educacional, tanto en la motivación a la lectura —su objetivo básico— como a la revaloración de las raíces afectivas y culturales de la comunidad.

² Pablo Neruda, “Aromos rubios en los campos de Loncoche”. En *Crepusculario*, 1923, su primer libro.

³ Óscar Castro, “Lucero”, 1939, publicado con el subtítulo “Cuento de arrieros”.

¹ Música de Osvaldo V. Rocha; letra de Carlos M. Ocampo.

Para saber y contar

Constanza Ried Silva

Todos los pueblos, desde que el hombre es hombre, han practicado la costumbre de contar historias. Historias en que nos explicamos el origen del mundo, el milagro que año a año presenciamos en la cosecha, el sentido de la muerte de nuestros familiares, y tantos otros misterios. Como muchos estudiosos han dicho, está grabada en el corazón del hombre la inclinación por construir relatos sobre lo que le ocurre y le inquieta.

Hoy vivimos en tiempos tan apurados que parecemos haber olvidado esa sabia y saludable afición a oír, crear y contar historias que tan naturalmente tenemos cuando niños. Al ir creciendo, vamos perdiendo la capacidad de creer, de imaginar, de saber lo que realmente nos preocupa; así como de explicar y de escuchar a otros.

Esto ocurre con mayor frecuencia a los hombres y mujeres de la ciudad, mientras que aquellos que viven en medio de la naturaleza se mantienen más pausados y sabios, más cuerdos, más humanos.

En la comuna de Lo Barnechea, como en cualquier parte del mundo, nos encontramos con muchos tipos de personas y muchos tipos de espacios. Espacios de plena ciudad, con el bullicio de los centros comerciales, edificios y semáforos, y también con una inmensa zona de campos y montañas, donde se instalaron hace siglos cientos de familias que viven en un mundo paralelo al nuestro.

Allí, en medio de las montañas, encontramos a viejos que saben leer los ciclos de la naturaleza sin haber leído un libro, que saben de los cambios del clima sin ver el pronóstico del tiempo en la televisión, y de los millones de nombres y rincones que tiene la cordillera sin que lo hayan visto en ningún mapa.

Ellos transmiten todo lo que saben a sus hijos y nietos a través de historias que ocurrieron a los abuelos de sus abuelos de sus abuelos —de los tiempos en que el camino de los Incas llegaba hasta el Valle Central de Chile y en que los españoles llegaron a conquistar América— así como a través de las aventuras que ellos mismos han vivido en la montaña.

Muchas veces cuando transitan por allá arriba en la cordillera en sus caballos buscando pastos para los animales, los sorprende la lluvia o la nieve, y deben buscar refugio al alero de alguna cueva o improvisar una tienda o ruco para pa-



sar la tormenta. Allí se encuentran con otros, hacen un buen fuego, y comparten lo que tienen: té, pan, tallarines, si tienen suerte un poco de charqui. Al caer la noche alguno saca una botellita con licor, un mazo de cartas, y así, de a poco, va saliendo la conversación. Juegan al monte y la brisca, hacen apuestas que los mantienen entretenidos.

El viento aúlla afuera como una jauría de lobos, las ramas crujen, el repique-teo de la lluvia golpea las piedras con fuerza...

Es entonces cuando aparecen las historias, aquellas que no se cuentan a la luz del día y que han oído a un amigo o han vivido en carne propia. Varios confiesan haberse encontrado con el Mandinga en persona, el mismísimo Diablo que convertido en algún animal o montado sobre un caballo negro los ha tratado de engañar. Algunos bromean incrédulos, pero al oír un aletear de pájaros fuera surcando la oscuridad de la noche, se hace un profundo silencio y hasta al más valiente le recorre un escalofrío por la espalda...

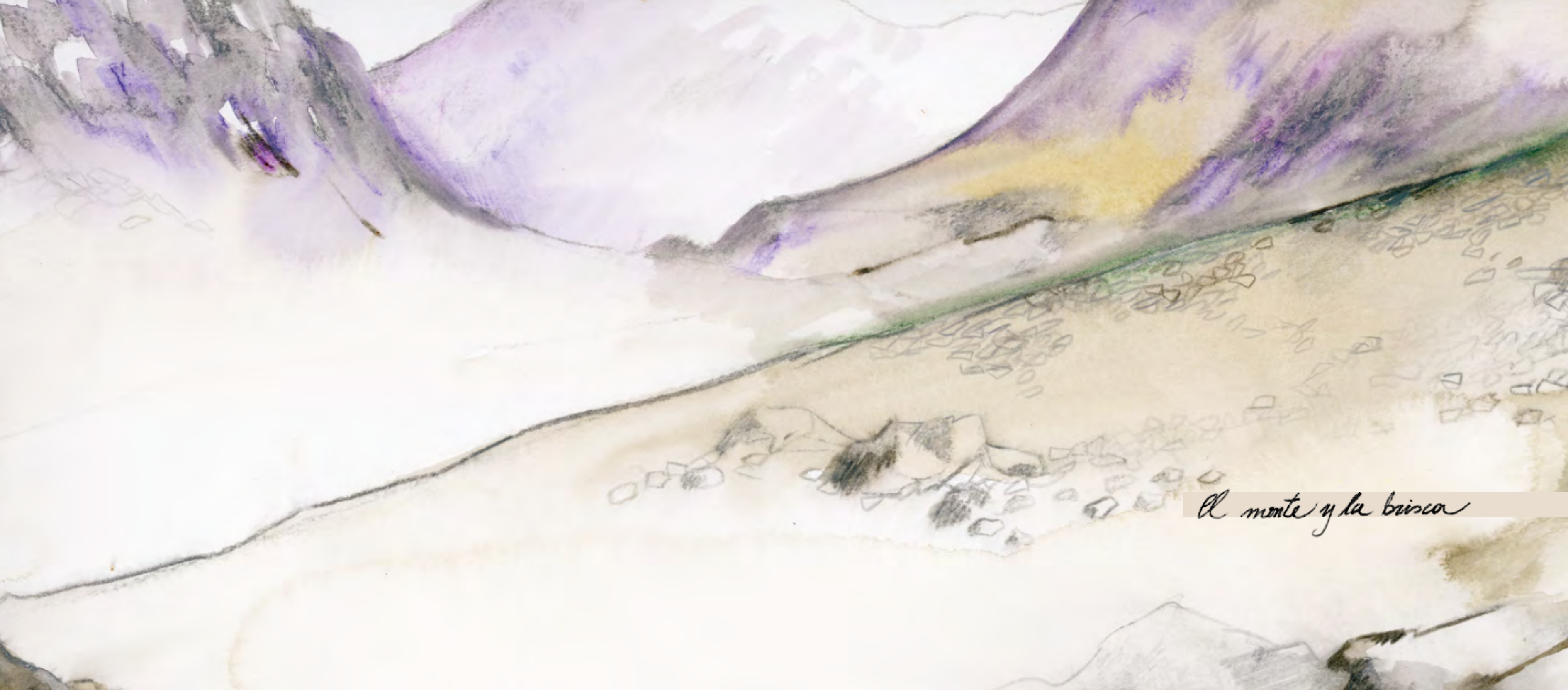
“Será el Tué-Tué”, dice uno y lanza una carcajada. Los más viejos se miran y se acomodan debajo de sus mantas. Dicen que los Tué-Tué son brujos que salen a volar de noche...

Es difícil dormir, y a medida que avanza la noche, el fuego se comienza a apagar. Un par de traguitos más para conciliar el sueño y pasar el frío. Discuten, pues algunos aseguran haber oído los gemidos de la Novia que ronda en Farello-nes, mientras otros afirman que si son llantos tiene que ser la Llorona, la madre que perdió en el río a su hijito recién nacido.

Varios creen que esas historias son puros inventos de los viejos. Sin embargo, hay una excepción. Todos los que viven y recorren la montaña han visto con sus propios ojos como ha cambiado el clima de la cordillera, y saben que sin el Guardián que los Incas dejaron para custodiar el valle —y que nosotros conocemos como Momia del Plomo—, los glaciares se van a acabar y no va a haber más agua para los animales ni las personas. Dicen que si el niño no vuelve a su lugar, los campos y montañas van a convertirse en un desierto.

Mientras discuten preocupados aparece la luna con lo cachitos pa’ arriba. En un rato más va a despejar.





El monte y la bisca



El monte y la brisca

Está claro que el monte y la brisca no son en sí mismos leyendas, aunque debemos reconocer que ambos juegos de azar han tenido por siglos una vida tan llena de misterios, hazañas, triunfos y derrotas como cualquier personaje legendario.

¿Cuál es el origen de estos juegos y cuándo y cómo llegaron a Chile?

“El juego es la poesía del destino” dice un proverbio árabe, de donde podemos deducir que hayan sido los moros quienes impusieron el gusto por los juegos de azar en España durante los ochocientos años que la dominaron. Y ese gusto resistió siempre a la condena de los reyes, a la condena de la iglesia y al rechazo de los intelectuales que, como el gran poeta Francisco de Quevedo, llamó al juego “capitán de todos los vicios”.

Y así como los conquistadores árabes llevaron los juegos de azar a España, los conquistadores españoles los trajeron a nuestra América y a Chile.

Se dice que Pedro de Valdivia fue un entusiasta jugador de naipes, lo mismo que sus soldados y todos los que con ellos se relacionaron, incluyendo a los mapuche, que no solo aprendieron a jugar, sino que pronto hicieron sus propias cartas en trozos de cuero.

Ya convertido en vicio público, el Cabildo de la recién fundada ciudad de Santiago decretó severos castigos para aquellos que jugaran al naipe y a los dados en las minas o en sus cercanías, ubicación que corresponde justamente a las zonas cordilleranas de la capital, como Lo Barnechea.

La brisca logró en Chile tal popularidad, que la fabricación de naipes llegó a convertirse en un buen negocio, pese a todas las prohibiciones oficiales, las que en Chile tienen una curiosidad histórica.

Resulta que el gobernador don Ambrosio O'Higgins dictó un estricto código contra el juego de naipes el 19 de agosto de 1788, —justo el día antes de que cumpliera diez años su hijo Bernardo O'Higgins—, el mismo que, ya adulto y convertido en Director Supremo del Chile independiente, volvió a dictar un decreto igual, el 7 de mayo de 1819. Ya se ve cómo la pasión por el juego sobrevivió por siglos a prohibiciones y castigos de reyes y gobernadores.

Mientras la brisca se acomodó pronto y bien en tabernas y salones urbanos, el monte, un juego de naipes divulgado por los mineros de México, fue jugado de preferencia entre las faenas y las diversiones de los campesinos.

Por todo lo anterior, no es raro que en la zona cordillerana de Lo Barnechea —donde se unen lo tradicional y lo moderno, el campo y ciudad— estos dos antiguos juegos de azar aparezcan en muchas historias de grandes ambiciones, promotoras de arriesgadas apuestas, que acumularon o consumieron en pocos minutos enormes fortunas.

En uno y otro caso, para bien o para mal, la tradición lo atribuye a la presencia de “malas artes” o, como de modo muy gráfico se asegura, a que “el Diablo metió la cola”.



“En la mina sobre todo se jugaba mucho al monte... pero yo nunca jugué, algunos hermanos míos jugaban en ese tiempo y había mucha gente. La gente antigua jugaba al monte, a las cartas, eran más jugadores que ahora, ahora se ve poco y jugaban plata... a mí me tocó ver cuando jugaban, eran montones de plata”.

A partir del momento en que se sospecha la participación del Mandinga todo puede pasar, desde enemistades y traiciones hasta descomunales pendencias y los más despiadados crímenes. Aún quedan vestigios de muchos de ellos, como ocurre en el kilómetro 1 de Farellones.

Entre los arrieros, una característica de su modo de vida favoreció al juego de naipes. Una entretención preferida por grupos que deben convivir por algún tiempo fuera de sus hogares es reunirse por las noches a la luz de una fogata y al son de una guitarra. Pero transportar este instrumento a lomo de caballo no era fácil, por lo que la primera entretención consistía en contar historias, leyendas o casos oídos o recordados.

Es comprensible que en algún momento el repertorio se agotaba o el interés decaía, y entonces se recurría a una entretención más activa: ¡era el momento justo de sacar los naipes y disputar juegos tan populares como el monte o la brisca!

Como era difícil que las apuestas consistieran en sumas de dinero que no convenía portar, habitualmente se jugaban los mismos animales de los piños que arreaban.

Del mismo modo se jugaba y apostaba también en las casas, aunque en ese caso había un sentido de mayor convivencia, pues las familias acostumbraban engordar cerdos que se faenaban por mayo, típico mes de “muertes de chancho”. Había presas, como la cabeza y los costillares, reservadas especialmente para las apuestas al naipe o como premios de las rifas, que despertaban mucho interés.

Después de la lectura de estas historias —que si no constituyen leyendas bien merecen clasificarse como “casos legendarios”— podríamos preguntarnos: ¿ha terminado el progreso con esta primitiva pasión de los juegos de azar? ¿Una legislación más rigurosa o una

mayor educación impide hoy sus consecuencias, a veces calamitosas para muchas familias?

Nosotros no juzgamos, solo relatamos, prefiriendo atender a las opiniones de los mismos protagonistas.

Por ejemplo, don Manuel parece lamentar que hace como cuarenta años ya no se juegue al monte ni se rife un buen arrollado de cerdo que tanto le gustaban. ¡Pero ahora se consuela apostando al Loto!

Y si ante don Erasmo se reprocha a esos antiguos que, según él mismo cuenta, jugando al monte podían perder hasta las ropas que llevaban puestas, él responderá:

—Igual se ha sabido ahora de muchos ricachos, que pueden perder hasta un fundo, con casa y todo, en la ruleta del Casino de Viña del Mar.





El Mandinga



El Mandinga

Caballero Negro, Cachudo, Patas de Hilo, Cola Larga, Cola de Flecha, son algunos apodos del Diablo que recuerdan características físicas con que lo pinta la fantasía popular, otros como Demonio, Satanás Malo, Malulo, Maligno, aluden a su comportamiento moral.

Más difícil sería establecer cómo llegó a llamársele Mandinga, palabra que no debería implicar ofensa alguna, pues originalmente solo designó a ciertos habitantes de Senegal, región desde donde procedían los primeros africanos cautivos, que se vendieron y compraron como esclavos en nuestro continente.

Claro que estos datos y estas consideraciones tendrán sin cuidado a los lugareños de la zona cordillerana de Lo Barnechea, quienes se limitan a contar las historias del Mandinga tal como les ocurrieron, o como se las oyeron contar a sus vecinos, o como se las contaron sus abuelos a sus padres y estos a ellos cuando niños.

Ellos cuentan esas historias como hechos más bien comunes y corrientes, pero apenas noten que se está poniendo en duda la veracidad de su relato están dispuestas a contarlas “con pelos y señales”, esto es, con lugares y fechas, nombres y apellidos, sobre todo cuando se trata de experiencias muy repetidas de norte a sur del país.

Este resulta ser el caso del pacto con el Diablo, que en la tradición del medio rural ha tenido siempre una importancia especial cuando se trata de personajes respetados en la comunidad, como un dueño de fundo que le ofrece su alma al Diablo a cambio de otorgarle o aumentar su riqueza.

Y tal como el Mandinga ha encontrado siempre clientes en el norte y en el sur, es lógico que los hallara también en la zona de los habitantes de estos relatos, exactamente entre el sector de San Enrique y Las Condes —tal vez desde los tiempos en que este no era más que “el pueblito llamado Las Condes” cantado por Chito Faró— lugares que el Mandinga recorría en carretela, cuyo paso era anunciado por el aullar de todos los perros del vecindario.

¿El Diablo paseando en carretela? ¿Quién sería el ingenuo que confiaría en riquezas ofrecidas por alguien que se traslada en tan pobre vehículo? El sabio narrador despeja las dudas del oyente recordándole que todo esto ocurrió entre fines del siglo XIX o comienzos del XX.

¿Y de dónde saca esas fechas tan precisas? Muy sencillo: el narrador aclara que esta historia fue rescatada de la memoria de alguien que murió en 1980, muy anciano, el que a su vez la oyó en su infancia, en casa de sus padres, los que por entonces vivían en La Dehesa.

Por otra parte, no discutamos el medio de transporte, un asunto que no le preocupa al Mandinga, pues si le hace falta él mismo puede volar, y de ese modo debió llegar hasta el sector del Arrayán, puesto que allí solía presentarse convertido en un gallo cantando.

Se le ha visto también transformado en otras aves mayores, como un pavo negro, que una noche apareció caminando delante de un joven que cruzaba un puente en el terreno de los Maira.

O si debe atravesar potreros puede viajar a toda carrera convertido en un burro. Claro que, en este caso, su orgullo le exigía tener alguna condición muy especial, no un burro cualquiera, y así se aparecía como un burro que podía agrandarse o achicarse a voluntad, a vista y paciencia de los mortales que se cruzaran en su camino.

“Ella dice que por ahí siempre le salía un perro con una tremenda cadena, y que el perro cada vez que ella caminaba el perro iba creciendo, y arrastraba una cadena que por el pavimento sacaba llamas”.



“Hay historias y leyendas, pero ahora nadie ve al Diablo. El Diablo es uno mismo”.

Aclaremos que, con toda seguridad, antes que presentarse como un animal ensillado prefiere ser su jinete, y así se le ha visto llegar a una quinta de recreo montando una mula negra, el mismo color del caballo negro que montaba cuando se aparecía por Casa de Piedra. Este caballo era también extraordinario, pues cuando abría el hocico en un bostezo dejaba ver unos brillantes dientes de oro.

Si de formas de presentarse se trata, ninguna más irreverente que como se le ha visto en Yerba Loca. Cualquiera que haya pasado allí recordará una enorme piedra junto al camino, que las gentes del lugar terminaron llamando La Piedra del Fraile, cuando la vanidad del Demonio llegó al extremo de aparecerse a los asustados viajeros parado sobre ella, convertido en la figura de un fraile de negra sotana.

Pero si ese fúnebre color parece ser su uniforme de campaña, pues así lo describen siempre de traje y sombrero, los arrieros y vecinos de Lo Barnechea aportan una sola circunstancia que pudiera resultar atenuante de sus bellaquerías, algo a su favor que no suele oírse en otras regiones, por lo que resulta casi increíble.

Se cuenta que en el lugar llamado Los Peumos vivía un hombre rudo y fortachón, conocido por maltratar a su mujer y a sus hijos, el que se daba aires de guapo con todo el mundo.

Se dice que cierta noche volvía a su casa vociferando como siempre insultos y amenazas contra su asustada mujer y se cruzó con un hombrecito que, a pesar de su actitud humilde y aspecto raquítico, le reprochó esos modales groseros y esas amenazas injustificadas.

Por toda respuesta, el fortachón se le fue encima con una lluvia de puñetes y patadas suficientes para tumbar a un par de luchadores, pero el hombrecito debió esquivar cada embestida, pues sus puños golpearon de tal forma al grandulón, que después de este encuentro para ponerse de pie debió contar con la ayuda de su paciente mujer y sus maltratados hijos.

Al menos por una sola vez en su mala vida, con esta increíble intervención en un antiguo caso de violencia intrafamiliar, el Mandinga, Diablo, Demonio o como se llame, no actuó como El Malo que es, y habrá tenido derecho a pensar: “el que maltrata al maltratador tiene cien años de perdón”.



El Tuc-tuc



El Tué-Tué

Junto a un fogón campesino o a un brasero de aldea, he acordado interminables noches de invierno en el norte, centro y sur del país oyendo las más variadas historias sobre el Tué-Tué. Por eso me intriga la poca información que sobre este mágico ser alado demuestran en sus testimonios los arrieros y pobladores de la zona cordillerana de Lo Barnechea.

Dos razones podrían justificar su poca familiaridad con un ave de la que tanto se habla en la tradición rural chilena: una es que la montaña no sea un lugar acogedor para pájaros de cualquier tipo. La otra podría ser la escasa población del sector, lo que obligaría al Tué-Tué a volar enormes distancias entre casa y casa con sus funestos mensajes.

Aunque —pensándolo bien— debe reconocerse que si en el resto del país se le conoce más, eso no garantiza que se le conozca mejor, tanto, que incluso a veces se ha llegado a poner en duda su identidad, pues no faltan los que aseguran que el llamado Tué-Tué en unas regiones es el mismo llamado Chonchón en otras.

Si bien eso parece posible, esos “chonchonistas” han llegado al extremo de confundirlo con el chuncho, pájaro que tendrá antigua fama de sabio, pero ninguna virtud sobrenatural.

El chuncho es tan real que se le puede ver a plena luz del día, parado sobre una rama o una estaca, adormecido o atento, al acecho de una rata y a la vez acechado por un aguilucho.

Esta confusión implica además una ofensa, pues lejos de representar una amenaza, el tranquilo chuncho ofrece protección sanitaria al entorno de los hogares o huertos campesinos, evitando la invasión de ratas, culebras y otras sabandijas que, además de consumir o contaminar los frutos del trabajo adulto, cometen la impertinencia de asustar a los niños.

Descartada cualquier confusión con el chuncho o su prima la lechuzza, queda en pie la posibilidad de un alcance de nombre, es decir, que Tué-Tué y Chonchón sean el mismo ser, nombrado de distinto modo en diversas regiones.

Este cambio de nombre es un hecho tan frecuente en nuestra geografía zoológica, que al pintoresco pingüino, llamado así a lo largo de todo el litoral, en Chiloé se le conoce con el nombre de patranca; y hasta el estilizado delfín también cambia allí su melodioso nombre por el ruidoso de cahuel.

Al margen de como le llamen los habitantes de la zona que habite, lo cierto es que, como Tué-Tué o Chonchón, corresponde a la descripción que de él se hace hoy en Lo Barnechea: “personas que tienen el don” de salir a volar de noche, convertidas en un ave que puede causar daño. Aseguran que son brujos y que anuncian o causan desgracias.

Pero si en esta zona no se cuentan experiencias tan variadas como en otras, hay algo en que todos coinciden, y es en el miedo que produce en quienes escuchan su estridente “tué-tué”.



En tal caso, para protegerse o ahuyentarlo de sus hogares existen muchos “contras”. Aparte de santiguarse de inmediato, uno de los conjuros recordados por los pobladores de Lo Barnechea es “martes hoy, martes mañana, martes toda la semana”.

En el resto del país, donde se cuentan innumerables historias de encuentros con el Tué-Tué o Chonchón, se enseñan otras estrategias, no siempre exitosas, para librarse de sus perversas intenciones.

Y es curioso que en ellas, más que atacar al brujo, generalmente solo se pretende distraerlo o engañarlo.

Así, en el Norte Chico, se cuentan muchos casos en que, al oír ese “tué-tué” sobre el techo de su hogar, una madre le grita:

–¡Sigue tu camino y vuelve mañana por queso y sal!

El canto cesa de inmediato y la familia termina plácidamente su cena. Pero la inquietud vuelve al día siguiente, cuando al desayuno un desconocido golpea la puerta y responde al saludo avisando simplemente: –Vengo por el queso y la sal que me ofrecieron anoche...

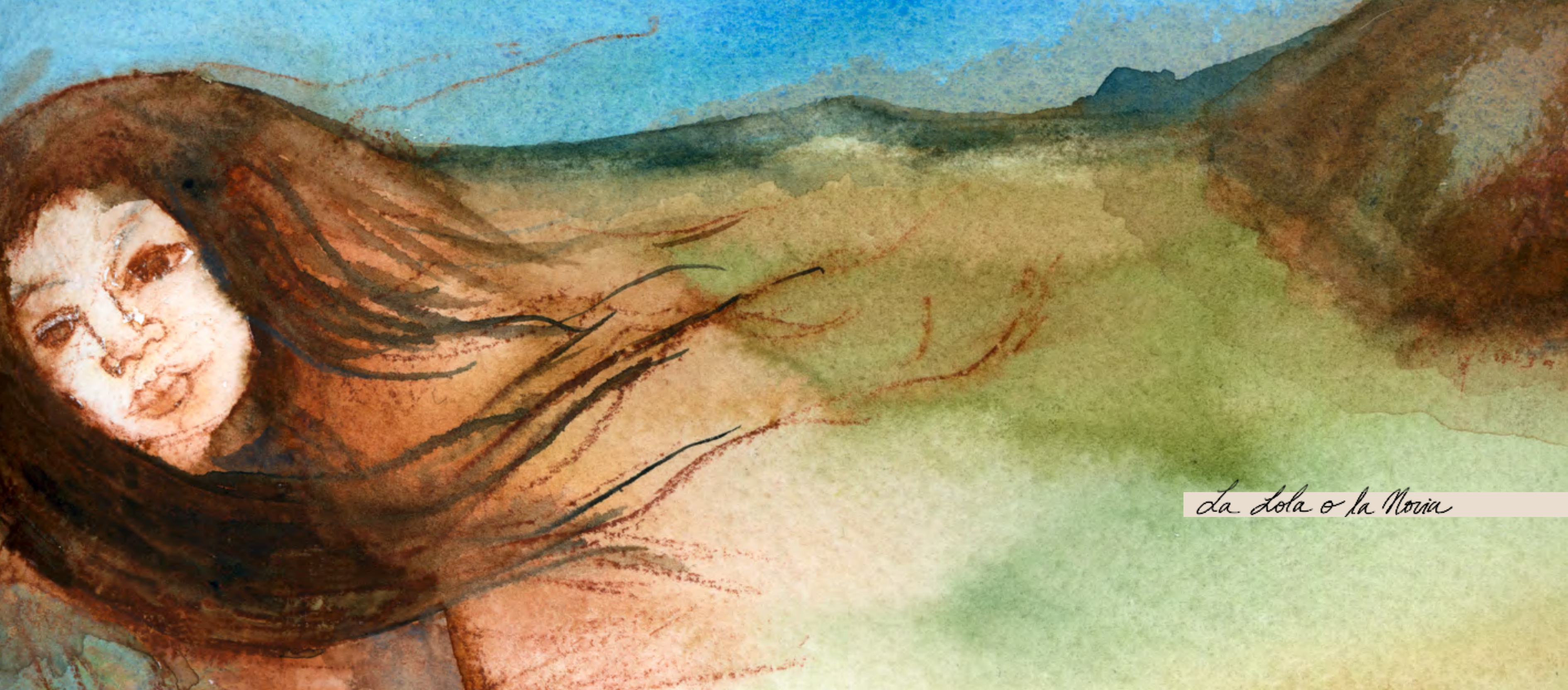
Para poner las cosas en su lugar y evitar futuros malentendidos, aclaremos definitivamente que nuestro Tué-Tué o Chonchón no es un pájaro, conocido ni desconocido, es un brujo, que mediante sus artes mágicas realiza una operación que le permite separar a voluntad su propia cabeza del cuerpo.

Mientras deja a este acostado de espaldas sobre su propia cama, la cabeza sale a volar en busca de las personas a quienes ha decidido o se le ha encomendado dañar.

Por último, es necesario dejar constancia de que ninguna descripción que del Tué-Tué se haga es confiable, pues nadie jamás le ha visto, pero en cada campo o aldea de Chile siempre habrá alguien que lo oyó, o al menos oyó decir que alguien oyó su famoso y temido “tué-tué”.



“Los Tué-Tué, pa toas partes hay, en Huechún hay y cantan tué tué tué tué... y dicen que son personas, dicen que son espíritus... Una vez estaba chico yo y me mandaron a cuidar un ganao encerrao que estaba, de terneros, y en la mañana me estaba levantando, estaba claro ya, y me agacho y entre medio de las ramas se pone tué tué tué tué y una risa de mujer. Era mujer, pero no hacen nada, pero si se levanta en la noche y le grita un pájaro y después la risa de una mujer, es pa’ asustarse”.



La Lola o la Moria



La Lola o la Novia

La Lola es una mujer hermosa y, como suele ocurrir con las mujeres bonitas, sobre ella se cuentan muchas cosas.

Se dice que habita o aparece de norte a sur del territorio chileno, pero en estas páginas debemos preocuparnos especialmente de los datos conocidos o los encuentros narrados por los arrieros y vecinos de la zona cordillerana de Lo Barnechea.

Sin embargo, como en la tradición popular no se pueden marcar fronteras geográficas tan definidas, las experiencias relatadas van abarcando un espacio mayor, a medida que sus narradores se trasladan a lo largo de un espacio cordillerano reconocible entre las ciudades de Santiago y Rancagua.

Tal como ocurre a propósito de cualquier persona, la gente se pone más de acuerdo hablando de la apariencia física de la Lola, su figura y vestimenta, que sobre su intimidad o sus sentimientos.

Su rostro hermoso y su traje blanco nos harían pensar que se trata de una novia, aunque esta imagen supone una felicidad que no se ajusta a la visión de antiguos cordilleranos, que dicen haber oído a quienes dicen haberla visto vagar arrastrando un ataúd por las galerías subterráneas de la mina El Teniente.

Y más de una vez ese ha sido indicado como su lugar de origen, en el año 1911, cuando en esa mina rancagüina se produjo una grave explosión. En el desastre desapareció una niña conocida como Lola, la que nunca fue hallada, y se la consideró sepultada por el derrumbe. ¿Es su espíritu el que vaga vestido con el ropaje de sus sueños truncados?

En otras zonas se asegura que es el alma en pena de una suicida, pero no hay acuerdo al explicar las razones que pudieron llevar a quitarse la vida a una mujer joven y bella como la Lola.

Y en cuanto a sus intenciones, quienes parecen conocerla mejor dan por lo menos dos datos que no hablan bien.

Uno es la recomendación al viajero, de que si se le cruzara en su camino se aparte de inmediato y lo más lejos posible, pues bastaría que la sombra de la Lola lo tocara para llevárselo de inmediato al otro mundo.

Y una advertencia para cualquiera que deba andar solo y de noche: tenga mucho cuidado si oye una voz que lo llama; aunque le parezca reconocer a un familiar o a un conocido, no le haga caso. ¿Qué va a andar haciendo por ahí un amigo o pariente suyo? Lo más seguro es que sea algún truco de la Lola para extraviarlo en la cordillera.

Y si un arriero no cae en ese engaño es capaz de rebuznar como mula, espantando y dispersando a los piños que lleve o traiga de las veranadas.

Por mi parte, llevo décadas siguiendo la pista a los seres legendarios de Chile por una montaña de documentos y en un mar de libros, pero no creo haber oído ni leído una descripción más interesante que esta, de don Rosalindo, de Corral Quemado: “¡...la Lola es un espíritu que se escucha...!

“Nosotros cuando éramos más chicos sentimos a la Lola, pero creo que la sombra cuando pasa por el hombre se lo lleva, es mala suerte. Eso es lo que me contaban mis abuelos, que a la Lola no había que verla porque la sombra mataba...”



Me detengo en esta curiosa descripción, porque merecería inscribirse en un diccionario poético del chileno: “Espíritu que se escucha gritar en la montaña cuando una persona está sola, a quien la escucha...”

Hay que saborear esta explicación, que bien merecería convertirse en una tonada, digna de cantarse junto a una gran fogata, en las frías noches andinas:

*Espíritu que se escucha
gritar en la montaña:
si una persona está sola
la pillaré la mañana
acompañá por la Lola...*

Sé que agregarle este par de versos a la poética descripción del arriero Rosalindo es un juego. Pero un juego muy serio y respetuoso, que puede mostrar al lector de hoy la estrecha relación que existe entre la vida y el trabajo de los habitantes, con las creaciones del arte popular, como expresión de las tradiciones conservadas de generación en generación por la cultura oral de una comunidad.

Porque esa tonada imaginaria podría hacernos pensar que de una manera muy parecida pudo funcionar la memoria y la creatividad de Patricio Mans, mientras escribía su hermosa canción, donde la Viuda —otro personaje de leyenda muy parecido a la Lola— se cruza en el camino de un arriero cordillerano:

*...La Viuda Blanca en su grupa
a maldición del arriero
llevó a mi padre esa noche
a robar ganado ajeno...*





La Cueva o la Voladora



La Cuca o la Voladora

Del Tué-Tué o el Chonchón muchos hablan, algunos los han oído pero nadie los ha visto, por lo que su existencia podría alguna vez ser puesta en duda. La identidad de la Cuca, en cambio, está certificada en respetables documentos .

Así, en el actualísimo *Diccionario de uso del español de Chile* (Academia Chilena de la Lengua, 2010) se lee: “Ave similar a la garza pero de mayor tamaño, que habita a orilla de los ríos, lagos o mar. De pico puntiagudo y amarillento, plumaje gris, nuca y pecho de color negro. Su vuelo es torpe y emite un grito desagradable”.

Hasta ahí nos ubicamos en su paisaje o su hábitat, temas del fotógrafo y el científico. Para adentrarnos en el espacio humano de la tradición, puede guiarnos mejor Renato Cárdenas Álvarez, que en su *Diccionario de la lengua y de la cultura de Chiloé* describe a la cuca como “garza cenicienta que se le encuentra entre Coquimbo y Chiloé. Solitaria y asustadiza. Es una de las formas que adopta la Voladora”.

Y esta relación de la Cuca con la Voladora nos instala definitivamente en el terreno de lo mítico y legendario.

Después de lo leído sobre características y hábitat de la cuca, se entiende que esta ave resulte más familiar a pobladores de las regiones de Los Ríos y de Los Lagos, isleños o costeños, que a los de la zona cordillerana, pues su vuelo torpe le dificultaría alcanzar alturas y a sus débiles patas largas le incomodarían laderas pedregosas o aguas torrentosas. Eso explica que nuestros arrieros muestren poco interés por ella.

“Don Mencho”, sin embargo, cuenta que muchas veces, cabalgando de noche, oyó algo que parecía rebuznar “igual a una mulita nueva, bien delgadito el rebuzno, llegaba a silbar”.

“Esa la he escuchado yo”, asegura, y lo más que sabe son cosas que se oyen decir.

—¿Qué cosas?

—Que hay dos tipos de Cucas: una Cuca blanca...

—¿Cómo la reconocen, si no la han visto?

—En que grita “cuca cuca”, tal como el pitío, o pituhue, dice ¡pi-tío... pi-tío...!

Ese color blanco que no han visto, pero que han oído, los hace pensar que esta es la Cuca buena, de intención amistosa.

—¿Y la Cuca negra?

La Cuca negra, en cambio, es la mala, y oírla significa un mal presagio, anuncio de mala suerte, que puede expresarse en muerte o ruina. Al contrario, un encuentro con la Cuca blanca anuncia buena suerte o alegrías o al menos una buena noticia.

Sin embargo, para ser justos con las Cucas, blancas o negras, recordemos lo que el diccionario de Chiloé dice: que ellas pueden representar las distintas formas que adopte la Voladora...

“Hay una Cuca blanca y una Cuca negra, la buena y la mala... La buena grita “cuca” igual que un pájaro, y la otra rebuzna igual que una mulita nueva, bien delgadito el rebuzno, llega a silbar. Esa la he escuchado yo, dicen que esa es la mala, que trae mala suerte, ruina, pero aquí la he escuchado muy pocas veces, pero cuando estaba allá en Curacaví siempre las escuchaba, a las dos”.

¿Quién es y qué hace este ser femenino llamado Voladora?

Es —según el citado *Diccionario de uso del español de Chile*— “en la mitología de Chiloé, ayudante de los brujos capaz de transformarse en ave para llevar sus mensajes”.

Esta es una aclaración oportuna para salvar el prestigio de la cuca, —ave zancuda de la avifauna chilena— pues no es a ella a la que han escuchado los arrieros de Lo Barnechea ni de otras partes, sino a la mensajera de los brujos, la Voladora, que vestida de inofensiva cuca, camuflada con su vuelo torpe y sus patas flacas, sale a repartir maleficios por el mundo...





La Gallina con los pollitos



La Gallina con los pollitos

En Chile se habla de entierros de norte a sur a lo largo del territorio, y desde Conquista a República a lo largo del tiempo. Vasijas, armas, oro, plata, monedas, joyas, todo lo que fue valioso para los pobladores de cada época se enterró.

Los aborígenes escondieron los bienes que deseaban proteger de los españoles, los españoles de corsarios y piratas, los chilenos por miedo a los asaltantes, bandidos, salteadores, bandoleros y otros nombres con que se designó a los malhechores; según atacaran en ciudades o campos, en casas o caminos, solos o en bandas organizadas.

De este modo, los serenenses hicieron entierros por temor a los asaltos del pirata Bartolomé Sharp, apellido que los lugareños deben haber entendido Shark o Charc, de donde nació el refrán “ya llegó Charque a Coquimbo”, que se aplica a quien se presenta donde no se le ha invitado. Los chilotes, por su parte, se cuidaban del famoso corsario Francis Drake. Y pasando de la geografía a la historia, los jesuitas enterraron lo que pudieron cuando en 1767 el rey de España los expulsó de todas sus colonias.

Es frecuente que en estas historias de entierros aparezcan testigos que aseguran haber visto señales mágicas en el lugar, como distintos animales a los que se les atribuye la función de cuidarlos, despistando a quienes pretenden extraerlos sin merecerlos, o de facilitar su hallazgo a los elegidos para disfrutarlos.

Los animales más mencionados son amenazantes perros negros, caballos desbocados, toros furiosos. Pero gallinas cuidando entierros con una parvada de polluelos sorprenderá a cualquier lector, pues la gallina aparece como la más casera de las aves domésticas.

Sin la arrogancia del gallo, sin la agresividad del ganso, sin la vanidad del pavo (por plebeyo que sea), sin la impertinencia del pato, parece habitualmente simbolizar el espíritu maternal y protector.

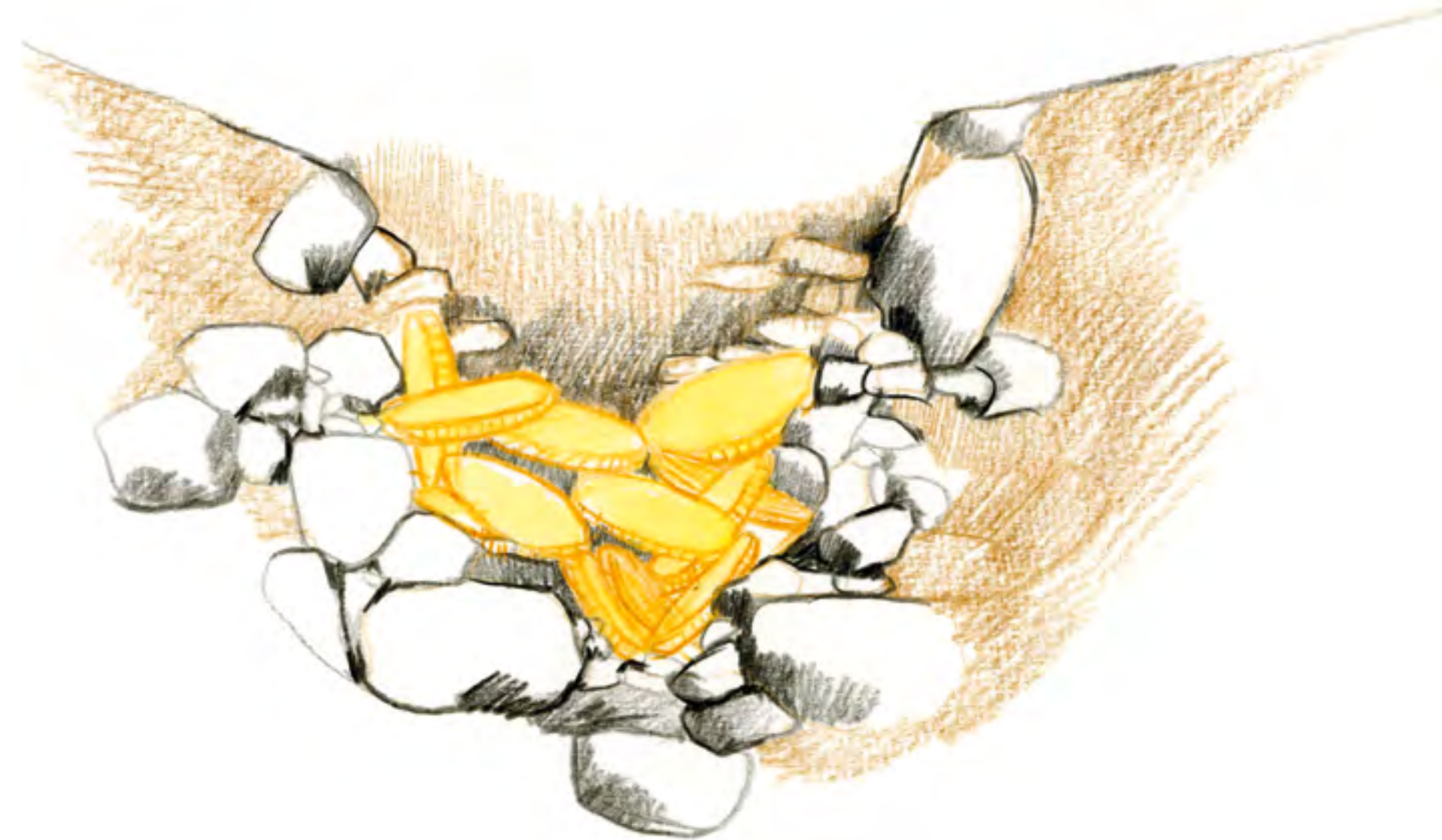
A un ser que cada mañana anuncia a los cuatro vientos que ya podemos contar con su sabroso y nutritivo aporte al desayuno familiar cuesta imaginárselo ocultando riquezas ajenas.

Es esta posible relación con la codicia lo que sorprende, y no el hecho mismo de cruzarse con una parvada de pollos en medio del bosque, pues yo mismo atesoro el recuerdo de ese dorado encuentro en mi infancia sureña.

Muchas veces desaparecían del gallinero la tranquila Castellana, la coqueta Flor de haba o la infaltable Patoja. Nada se sabía de ellas por casi un mes.

Hasta que algún atardecer, recorriendo los espesos matorrales a la siga de mi petisa Castaña, me salía al sendero una Castellana, Floreada o Patoja, capitaneando el desfile de una docena de andariegos copitos de oro.

“Cuenta mi suegro que viene como a las doce de la noche, dice que baja una gallina allí arriba negra y echando cocococoó, la añiñá, y en seguida bajan como doce pollitos pero jamariillos como el oro! —Y yo miraba los pollitos y la gallina se aniñaba cacareando, cuidando sus pollitos—, dijo”.





Sin embargo, ya que sería una falta de respeto a la tradición considerarlo un caso poco creíble, diré que esta historia de los entierros y la Gallina con pollos resulta una verdadera originalidad de la zona cordillerana de Lo Barnechea. Bien merece considerarse una leyenda local por su creación, pero universal en cuanto homenaje a este ser familiar, humilde y generoso.

Al juzgar lo creíble o increíble en la tradición oral, siempre hay que atender hasta los más mínimos detalles, como en este testimonio de don Mencho, contando el caso de su hermano:

–Cuando llega al paso ve una gallina con doce pollitos chiquititos; cuando la gallina lo ve se engrifó y se ponía brava, amontonó a los pollitos y se metió al pasto.

Tan reconocido está en nuestro pueblo este carácter protector de la modesta gallina, que Nicanor Parra, gran poeta de la nacionalidad, la usa como metáfora de la valentía que suelen mostrar los seres corrientes que, sin alardes, cuando la situación lo exige, pueden realizar actos valerosos, que incluso alcanzan grado de heroísmo:

*A ver si nos unimos realmente todos,
como gallina que defiende sus pollos.*



La Alorona



La Llorona

Si de la Lola sabemos que grita y, según las circunstancias, puede transformar ese grito en llamado humano o amenazador rebuzno, es seguro que la Llorona se ganó este nombre entre lágrimas y gemidos.

En cuanto a su origen, se sabe que ya existía en la época colonial, por lo que no es raro que se le conozca en muchos pueblos hispanoamericanos. En lo que no hay certeza es en las causas que pudieron provocarle esa eterna tristeza.

Hay quienes prefieren la explicación romántica: sería el alma de una indígena enamorada de un soldado español, con el que tuvo un hijo rechazado por su familia y su raza.

En la zona cordillerana de Lo Barnechea, en cambio, aunque el origen de su dolor sigue siendo la pérdida de un hijo o hija, la información suele tomar formas crudamente realistas.

Para unos fue el descuido de una madre campesina que, mientras lavaba su ropa, acostó a su hijito en la orilla del río, el que en una repentina crecida arrasó con ropa y niño.

Para otros se trata de un crimen pasional: en un arranque de celos, el esposo le dio muerte a la madre y al hijo y luego se suicidó. ¿Cuántas veces, por generaciones, se habrá leído una noticia así en la prensa escrita, oído en la radio o visto en televisión?

Y no faltan los que aseguran que se trata solo de uno de los muchos lamentables accidentes ocurridos en el camino a Farellones: la madre se habría desbarrancado con su guagua en brazos, en las cercanías de la Posada de Farellones, en el refugio andino. Esta circunstancia coincide con los testimonios de quienes aseguran haberla oído llorar en el sector de La Ermita de Farellones...

Otro antecedente localista en esta teoría del accidente proviene nada menos que del colegio de Farellones.

Si en las distintas regiones la Llorona conserva el carácter tradicional de alma en pena o espíritu más bien emparentado con los fantasmas de todo tipo, no sería raro que, en un recinto escolar como este, asumiera características propias de los duendes, seres más bien traviesos...

Así, se cuenta que en la escuela del sector su llanto parecía el de una guagua, y que las cosas raras que provocaba no resultaban malignas: se reducían a apagarle una vela o esconderle las llaves a la tía Pili. Y si bien alguna vez sacó de su cuna a la hijita del profe Carlos, pronto se la hacía aparecer detrás de algún sillón.

De acuerdo con la tradición legendaria universal, la Llorona debería seguir gimiendo y derramando sus lágrimas por los siglos de los siglos, aunque en la zona cordillerana de Lo Barnechea, y especialmente en el sector de Farellones, podríamos estar asistiendo a una notable excepción, pues según cuentan algunos, hace ya veinte o veinticinco años no se le oye llorar.

¿Podrá ser que por fin haya logrado consolarse después de hacer tan largo duelo?

Claro que nada de esto debería inducir a confiarse demasiado a los turistas, excursionistas ni visitantes con parentela en el sector, pues en condiciones climáticas extremas nadie les puede asegurar que no vuelva a verse, como ya más de una vez se ha visto y oído en el sector de Casa de Piedra a una mujer cubierta por un velo blanco, llorando desconsoladamente, como solo por un hijo se podría llorar.



“-Te acordai cuando jugábamos a las cartas aquí y empezó a llorar la Llorona aquí arriba.

-Sí, una vez mi tía la sintió llorar, pero ella dijo que lloraba una mujer desesperada, muy desesperada, y no se sentían ni siquiera los camiones, y ella pensó que podría ser un camión que podía estar maltratando a una mujer, estarle pegando, y después las vecinas contaron que también la habían escuchado”.



La Caldrona



La Calchona

Sobre varias de las leyendas o hechos legendarios aquí reunidos, los pobladores de la zona de Lo Barnechea demuestran poco conocimiento, pero este de la Calchona es el único caso en que lo reconocen abiertamente.

Es más, don Beto, después de contar que era una oveja desconocida que aparecía en cada rodeo, espantando a los caballos, se apresura a desacreditar su propia narración diciendo:

–Pero eso era un cuento nomás...

Y don Manuel es más duro:

–También es mentira.

Pese a su incredulidad y desinterés por el caso —y además sin quererlo— a don Beto se le escapa una idea muy interesante: dice que la Calchona “era un espíritu que andaba vagando en el mundo, pero que le llegó su tiempo y ya no aparece...”

Eso de que a los espíritus “les llegue el tiempo”, como a los humanos “les llega la hora”, suena muy curioso.

“Cuando había rodeo llegaba una oveja, la Calchona. La Calchona era una oveja y cuando hacían rodeo le espantaba los caballos, pero ese era un cuento no más, que yo haya visto”.

De todos modos, se debe señalar que, aunque reconocen que “esta es una historia poco conocida en la zona” los informantes saben que “se tienen más antecedentes de ella en el sur del país, donde se cuenta que sería una oveja con rostro de mujer...”

Pues bien —como ya hicimos en el caso de la Cuca—, resumiremos a continuación el tema, para el conocimiento de las nuevas generaciones de lectores.

La siguiente sería una de las más difundidas, dentro de las numerosas versiones que pueden oírse desde Chiloé hasta el Norte Chico y leerse por lo menos desde fines del siglo XIX.

La Calchona fue una mujer, cuyas raras actitudes e inexplicables desapariciones de casa por las noches despertaron en su marido la sospecha de que fuera una bruja, por lo que se dispuso a espiarla.

Así, un anochecer la sorprendió saliendo de casa convertida en oveja. Entrando precipitadamente a su hogar, encontró en su pieza a sus pequeños hijos convertidos en zorros, en medio de un desparramo de frascos con distintas pomadas de apestosos olores.

Comprendió de inmediato que se trataba de los ungüentos mágicos usados en la transformación de la bruja e, imaginando que los niños





habrían jugado a imitar la forma en que vieron “maquillarse” a su madre, los fue frotando uno a uno con esos diabólicos menjunjes.

Gracias a su oportuna intervención, el efecto se perdió y pronto fueron recobrando los hijos sus tiernos rasgos humanos, mientras el padre tomó cuantos frascos encontró y los lanzó al estero que siempre pasa junto a las casas de campo.

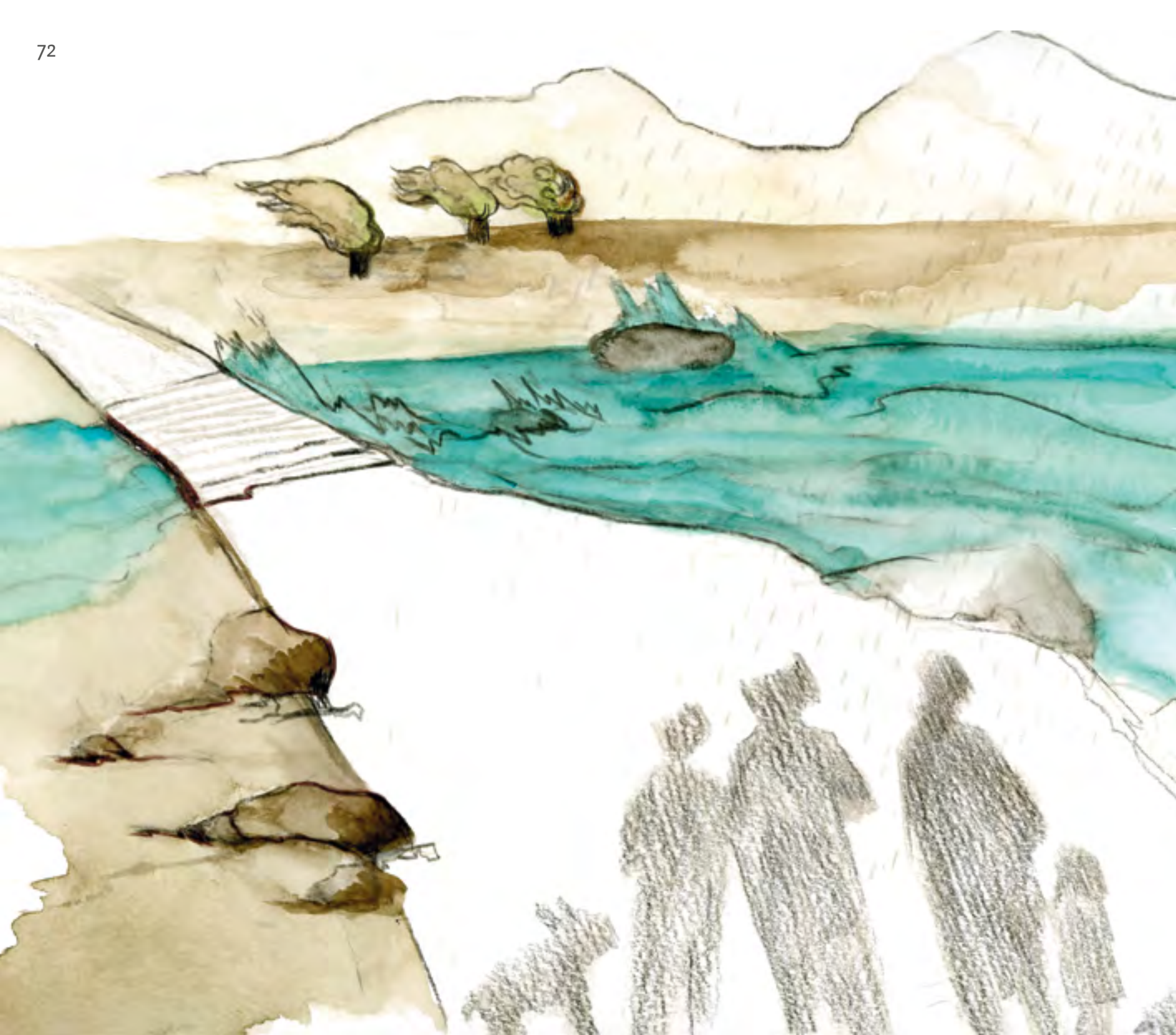
A él se arrojó llegando la mujer, desesperada, en busca de sus mágicos ungüentos.

Pero los conchos que logró rescatar solo alcanzaron a cubrirle la cara, por lo que en adelante se le vio vagar convertida en lo que desde entonces se conoció como la Calchona: un lanudo cuerpo de oveja aprisionando un envejecido rostro de mujer. O unos lastimeros ojos de mujer, mirando arrepentidos desde un lanudo cuerpo de oveja.





La Comita de Farellones



La Ermita de Farellones

Si se encuentra un buen punto de observación, con la distancia adecuada para meter en el ojo toda la majestuosidad del paisaje, la capillita parecerá lo mismo una ilustración de cuento de hadas que una de esas tan de moda acciones de arte, instalaciones u otras intervenciones artísticas del espacio público.

¿Quién la instaló allí, en medio de la nada, con su diminuto campanario inaudible para sus únicos probables peregrinos: los que subiendo pedirán fuerzas para continuar su ascensión, y los que bajando agradecerán la gloria de haber vislumbrado la cumbre?

Misteriosa para el turista; familiar para el lugareño que la sabe instalada casi en el patio de la casa o, por lo menos, en la propiedad de un antiguo vecino.

El motivo de su construcción no fue otro que el mismo de muchos templos a lo largo del territorio y del tiempo: cumplimiento de una promesa hecha por favor concedido; pagando una manda, dirán sus feligreses.

Nada menos que igual que el famoso Templo Votivo de Maipú, aunque aquí el voto no lo hizo un padre de la patria, sino el padre de familia, los Fernández Concha.

Según las costumbres y los medios de la época, la familia salió en modernos coches de uno o dos caballos que trotaron hacia el paseo elegido, en el sector de El Toyo.

Todo fue disfrutar hasta que se desató una de esas impredecibles lluvias cordilleranas —tampoco sé cómo pronosticarían el tiempo en ese año 1885—, aguas del cielo que, aumentadas por el caudal de los tres ríos y esteros que se dan cita en El Toyo, produjeron uno de esos temibles aluviones de la zona.

Desastrosos aluviones de antes y ahora, que no deberían sorprender a nadie en Lo Barnechea, pues sus habitantes prehispánicos fueron llamados huaicoches; que en mapudungun, el idioma de los mapuche, waykoche significa “gente que vive en huaicos”. ¿Y qué es un huayco o huaico? Proviene de una palabra quechua —wayqu— que significa quebrada.

Y cómo no saber de quebradas en Lo Barnechea, si allí tienen, incluso, la famosísima “Quebrada El Ají”, más conocida en el lenguaje popular como “la Quebrada del Ají”, de la que todos hablan y creo que pocos, si no nadie, fuera de Lo Barnechea, sabe siquiera que existe de verdad.

Bueno, en esa tierra de quebradas y ancestrales aluviones, un planeado día de campo —no se hablaba de camping todavía— se transformó en un desastre. El agua se llevó los puentes, el barro cubrió los caminos. Los fieles caballos no estaban hechos para luchar contra su naturaleza.

“Le hicieron una manda a la Virgen. Si acaso ellos lograban pasar antes de que se llevara el puente ellos le iban a hacer una ermita, por eso ahí se llama La Ermita, porque le iban a hacer esa iglesia chiquitita... y pasaron y justo cuando pasaron se llevó el puente. En esa iglesia hacen misas”.

En tales condiciones no habría vuelta a casa. Si es que la casa sobrevivía. No había fuerza humana que viniera en su ayuda.

Entonces el padre de familia apeló a las fuerzas divinas, y le prometió a la Virgen Nuestra Señora del Rosario que, si le concedía el favor de salvar a su familia, le alzaría una capilla en el sitio adecuado, que ya estaba eligiendo, y que temía ver por última vez.

Pero volvió a verlo, y hoy podemos verlo todos, porque la familia se salvó, y aunque más tarde vendió el terreno original —el fundo Potrero Grande— se reservó, o mejor dicho le reservó a la Virgen el espacio prometido, el mismo donde viene albergando por generaciones expresiones de la religiosidad popular tan genuinas como las misiones desde la época del Centenario de Chile, las romerías en tiempos de crisis en los años 30 y que —en este Bicentenario— sostiene la tradición de los cuasimodistas, en plena vigencia de su organización y actividad.

Todo gracias a la legendaria permanencia de la inconfundible ermita de Farellones: admirada desde la tranquilidad del valle, mientras su campanario siempre apuntando a lo alto levanta la mirada y el ánimo hacia la cumbre. ¿O hacia el cielo?





El Guardián del Valle



El Guardián del Valle

Conocida también como el Niño del Plomo, esta no es una leyenda, sino un hecho real, ligado a la historia precolombina, a la geografía de Chile Central y a la ciencia.

Al menos eso es lo que se dice en la abundante información periódica disponible, pero parece más exacto aclarar que, efectivamente, no es una leyenda todavía, aunque incorporada a la tradición local está cada día más cerca de convertirse en tal. En su actual estado de transición desde la historia a la leyenda podría describirse como un suceso o caso legendario.

Tampoco su protagonista es una momia, pues estas son cadáveres embalsamados, a los que se les han extraído las vísceras para evitar el proceso de descomposición. A este del Plomo, en cambio, se le ha descrito como un niño congelado, con todos sus órganos vitales internos intactos, y también los externos: su rostro conserva su boca con labios, nariz, ojos con pestañas y cabeza con cabellera cuidadosamente peinada en una madeja de trenzas.

Gracias a esa preocupación ornamental debió tener, al momento de su hallazgo, el impresionante aspecto de un ser humano vivo. Tanto es así que un médico español habría aventurado que estaba vivo, solo que en estado de hibernación, la teoría más fantástica sobre este descubrimiento.

Nombrado unas veces Momia y otras Niño, lo que nunca ha variado es aquel inconfundible apelativo o apodo del Plomo, que suena como tantos apellidos históricos, desde el de Valdivia, que llegó con el conquistador de Chile y fundador de su capital.

Con sus 5.424 metros de altitud, visible desde Graneros hasta Lampa, el cerro El Plomo es el punto más alto de la muralla andina que cierra el Valle de Santiago. Apu: Guardián del Valle, lo llamaron los incas, cuyos sacerdotes lo convirtieron en un santuario, punto de peregrinación y ejecución de sus más importantes ceremonias rituales. Y fue en una de ellas que eligieron ese punto para ofrendar a sus dioses a este niño de unos ocho años.

Es ese carácter sagrado lo que justificaría haberlo convertido en un cuerpo congelado y no en una simple momia. En lenguaje científico el procedimiento se denomina liofilización, y se hace posible tras conseguir una combinación perfecta de temperatura y humedad, lo que permite su conservación.

“Yo creo que si la momia vuelve al Plomo esto va a mejorar, porque eso es una naturaleza que dejaron los indios pa’ que nevare y no es una persona grande, si es un niño”.

Durante cinco siglos permaneció inalterable, mientras a su alrededor el mundo cambiaba y su santuario pasaba de la dominación del imperio inca al imperio español, y luego transcurrió en torno suyo la Conquista, la Colonia, la Independencia y la República de Chile.

Hasta que el 1 de febrero de 1954 lo descubrieron los arrieros Luis Ríos Barrueto, su sobrino Jaime Ríos Abarca y Guillermo Chacón Carrasco en el sector del cerro conocido como La Pirca de los Indios, a 5.200 metros de altitud, muy cerca de la cima.

Junto a la urna de hielo que contenía al Niño se encontraron diversos objetos ceremoniales, tal como ocurre en todas las culturas antiguas con las tumbas, en que se depositaban personajes que por alguna razón la comunidad deseaba seguir sintiendo presentes más allá de la muerte.

Había figuras de animales significativos en su tradición funeraria, junto a objetos de oro y otros metales o materiales diversos, todos los cuales, lamentablemente, desaparecieron antes de que el cuerpo lograra llegar al museo que lo conservaría.

Lo anterior es una revisión muy resumida de hechos reales que nos permitan entender y valorar debidamente los relatos que en este libro hacen del caso los arrieros y habitantes de la zona andina de Lo Barnechea, protagonistas y testigos de este acontecimiento histórico y científico.



UNA TRADICIÓN LOCAL

En los años de su hallazgo —mediados del siglo XX— sin televisión y en un terreno de difícil acceso para los reporteros de prensa, la información sobre el descubrimiento corrió primero de boca en boca y es posible que, por distintas motivaciones —incluidas las de conseguir una recompensa económica por la entrega de ese verdadero tesoro congelado—, el asunto debió manejarse con bastante reserva.

Todo eso da un especial interés al testimonio de los protagonistas sobrevivientes o de testigos, y aun de las versiones orales conservadas en la tradición familiar de sus descendientes.

Es el caso de personas como don Humberto Gallardo, que a la fecha del encuentro era un hombre de unos 32 años. Él cuenta que andaba en la montaña con su suegro y mientras se encontraban alojados en la Piedra Numerada vio “a un gallo que tenía cortado un bracito así, la traían (a la Momia) en una mula, pero los gallos no dijeron que la habían sacado, ni una cosa...”, pero claro que ya la habían sacado.

No podría terminar esta breve relación de la parte histórica de el Niño del cerro El Plomo sin señalar un dato que le da trascendencia histórica: ¡habría sido la primera momia incásica descubierta en América!

Lamentablemente, su importancia científica se vio algo limitada por la falta de rigor con que fue tratada en el primer momento.

Por razones ajenas a nuestro tema, el cuerpo, que al sacarse de su cámara mortuoria de hielo en febrero de 1954 pesaba unos 35 kilos, al no ser mantenido a temperatura ideal, sufrió una deshidratación que lo hizo bajar a no más 15 kilos en marzo.

Recién en esa fecha pudo llegar a manos de los antropólogos del Museo de Historia Natural, donde hasta hoy se encuentra.

Y COMIENZA LA LEYENDA

Pocas generaciones tienen el privilegio de asistir al nacimiento de una leyenda en su comunidad, y quienes leemos este libro nos incorporamos a una de ellas. Las narraciones orales fijadas en sus páginas son el débil puente que nos harán cruzar de lo creíble a increíble o, como algunos prefieren, de lo real a lo fantástico.

Ensayemos ahora realizar un recorrido metafórico. Imaginemos dos vehículos desplazándose a la misma velocidad por pistas paralelas: sea **R** una la pista histórica, real, y **L** la pista legendaria.



- R** Entre los datos de fácil comprobación, es cierto que, después de un tiempo, el Niño fue retirado de la sala de exhibición donde el museo primitivamente la instaló.
- L** *Según dijeron los lugareños, en su momento, desapareció porque la compró y la tenía el más millonario de Chile...*
- R** La verdad es que debió guardarse en una cámara especial, con las condiciones más propicias para su conservación.
- L** *Los lugareños más incrédulos siguieron asegurando que fue llevada a Estados Unidos.*
- R** Es real que los incas llamaron al cerro Apu, que significa Guardián del Valle.
- L** *¿Y si el verdadero Guardián del Valle fuera el niño congelado?*
- R** Datos estadísticos confirman que desde la segunda mitad del siglo XX los glaciares andinos del sector comenzaron a disminuir notablemente.
- L** *Y los arrieros creen que se debe a que se llevaron al Niño, que según ellos “es de la cordillera y no de los museos”, y mientras no vuelva a ella “estamos jodiendo al glaciar”.*
- R** Es verdad que, como pasa en muchas leyendas, uno al fin ya no sabe qué pensar.
- L** *Pero don Francisco —hijo, nieto, bisnieto y tataranieto de arrieros— sí sabe qué pensar, y vaticina: “En cincuenta años más ustedes no van a tener agua en Las Condes”*
- R** ¿Qué decir? ¡Solo queda esperar que se equivoque!



CUENTOS DE LA CORDILLERA
©Corporación Cultural de Lo Barnechea

Inscripción en el Registro de
Propiedad Intelectual N° 198.858
ISBN: 978-956-335-036-4
Primera edición de 1500 ejemplares
Impresa en diciembre de 2010
en los talleres de Imprenta Ograma.

Impreso en Chile / Printed in Chile

Coordinación general: Constanza Ried
Fotografías: María Constanza Avello
Entrevistas: María Constanza Avello, Magdalena
Calcina, Franz Kröeger

Archivo audiovisual: "Memorias del siglo XX", DIBAM

Edición, diseño y producción
Ocho Libros Editores

Director editorial: Gonzalo Badal
Coordinación editorial: María José Thomas
Edición: Daniela Oróstegui
Corrección de estilo: Daniela Oróstegui
Textos: Floridor Pérez
Ilustraciones: Juanita Canela
Diseño: Jenny Abud

Ninguna parte del libro puede ser reproducida,
almacenada o transmitida a través de cualquier
medio sin la expresa autorización de la
Corporación Cultural de Lo Barnechea.



Ley de
Donaciones
Culturales



Ley de
Donaciones
Culturales

